

## **Homilía del Sr. Cardenal Mario Poli en la Solemnidad de San José, esposo de Santa María Virgen**

«José, fue de Dios, padre en la tierra»

Lecturas: 2 Samuel 7,4-5a. 12-14a.16; Salmo 88; Romanos 4,13.16-18.22;  
Mateo 1, 16.18-21.24a

Después de una genealogía que parte de Abraham, el evangelista San Mateo nos presenta el anuncio del Ángel a San José, y de esa manera lo introduce en el misterio de la maternidad milagrosa de María cuando le dice: «No temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). A partir de ese momento, José de Nazaret queda vinculado estrechamente a los misterios de la salvación de los hombres. Nos cuesta dimensionar el impacto de aquel sueño en el alma de José: solo podemos advertir la consecuente actitud de un hombre dispuesto a seguir la llamada de Dios hasta el final. El misterio lo sobrepasa, pero él responde con la obediencia de la fe, amasada desde su juventud en la oración, en el trabajo y en la piedad.

La Escritura lo llama «hombre justo». Los «justos», en el lenguaje del Antiguo Testamento, son los que observan y viven la Ley desde dentro, de corazón. Aman a Dios y al prójimo y son los que, con su ser «justos» conforme a la voluntad de Dios revelada, abren el camino para que Dios renueve su alianza de amor. Los justos son los pararrayos de la ira divina y por su intercesión a favor del pueblo logran que la condena por sus numerosos pecados se suspenda, y por sus ruegos se encienda la ternura del Altísimo. José tenía derecho sobre su prometida y las consecuencias de la infidelidad de un supuesto adulterio eran inimaginables para un enamorado como él, y por eso la abandona en secreto. Elige el camino del silencio y la humildad, antes que la difamación y el escándalo público.

Dios puso sus ojos en este varón y preparó su corazón para que el anuncio del Ángel encuentre en él una apertura religiosa única y ejemplar, capaz de recibir y adherirse al misterio. El carpintero, además de ser laborioso artesano, era virtuoso, y lo demuestra con este gesto de grandeza; una vez más, con la piedad de los justos obedece a la voluntad divina y vuelve al lado de María, sin importarle lo que diga la gente... La fe y el amor de José sobrevuela comentarios y opiniones maliciosas. Todo esto se da sin palabras de su parte, no obstante, el *silencio de José* posee una especial elocuencia, más contundente que cualquier discurso: ama y actúa en consecuencia. Así, pasa inadvertido en los Evangelios –no registran ni una palabra de él–; siempre se mantiene en un segundo plano –es el esposo de María–; discreto, con un amor servicial hacia Jesús y María, propio de

un padre responsable, dispuesto a darlo todo por la misión que le fue comunicada en un sueño.

José también demostró ser casto y fiel, al aceptar la paternidad del mismo Dios en la tierra, y así se puso a la altura de la sorprendente maternidad de María. Al lado de la Madre de Jesús, José entiende cuál es su misión: ponerse al servicio y custodia del Dios encarnado. Todo el ser y el hacer de José se ordenan a Jesús y a María. Es el testigo privilegiado de una noticia esperada desde siglos por el pueblo de Israel: el Emanuel anunciado por el profeta Isaías, al que José mecerá en sus brazos fuertes de obrero y contemplará como aprendiz en su taller de carpintero, ya que bajo su mirada de padre amoroso «Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52).

¿Qué tipo de hombre es José? ¿Por qué la Iglesia le dedica una Solemnidad en el austero camino de la Cuaresma?

José es el hombre *responsable*, que se siente comprometido en responder con su vida por lo que entendió era su misión: estar al lado de María y Jesús, hasta el final.

Es el hombre «experimentado en el *amor a la verdad*, esto es, el puro amor de contemplación de la Verdad divina que irradiaba de la humanidad de Cristo, como la *exigencia del amor*, esto es, el amor igualmente puro del servicio, requerido por la tutela y por el desarrollo de aquella misma humanidad»<sup>1</sup>. No obstante, a los momentos felices le siguieron experiencias signadas por el dolor y el sufrimiento, como cuando tuvo que huir de prisa a Egipto, para salvar a su familia de la incomprensión.

Es un hombre de carácter, capaz de tomar libremente decisiones que comprometen la vida entera.

Es un enamorado de Cristo, y su amor envuelve y ennoblece todas sus actitudes. Posee un amor servicial, señal de que el amor de Cristo actúa anticipadamente en él.

La Iglesia nos enseña que el amor servicial es superior a todo conocimiento; con él los santos penetraron verdades que el pensamiento humano no alcanza a conocer.

El amor servicial es superior a la libertad, porque cuando tenemos que optar nuestro camino en la vida, el hombre y la mujer eligen lo que se ama.

Ese amor servicial de José es superior a toda justicia, porque donde reina el amor sobra la justicia.

Ante su figura y ejemplo, la Iglesia vuelve la mirada sobre su misterio más íntimo y renueva su amor servicial al plan de Dios, al modo de José, incondicional a la voluntad de su Señor, y por ese motivo, es digno de ser admirado, celebrado, imitado e implorado.

---

<sup>1</sup> San Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, 27.

Inspirados en la devoción que le tenía Santa Teresa de Ávila, le decimos: «San José, ya que estás cerca de Jesús y de María, muestra que tu bondad iguala tu poder».